

Un Escritor de Pura Sangre

Rescate Literario de Rodolfo Walsh

Por MEMPO GIARDINELLI

DESAPARECIDO A LOS 50 años de edad, en 1977, Rodolfo J. Walsh se convirtió en uno de los casos más duros de afrontar por la dictadura militar argentina, en su constante atropello a la cultura. En cierto modo, pasó a ser un símbolo.

Quizá por eso, llama mucho más la atención el hecho de que la editorial Siglo XXI haya editado este año las obras literarias completas de este hombre que, a la vez que militante político opositor, siempre se caracterizó por su prosa magnífica, por la finura y profundidad de sus textos. No sólo en las obras que, de alguna manera, y quizá injustamente le dieron fama: sus obras de tipo político, como "El caso Satanowsky" o "¿Quién mató a Rosendo?" o la estupenda "Operación Masacre"; sino en su obra estrictamente literaria, aquella que era ficción pura, imaginaria pero a la vez —inevitablemente en un hombre agudo como Walsh— relacionada con las dramáticas circunstancias de su país, la Argentina.

AQUELLA INJUSTICIA mencionada, en realidad, se refiere al hecho de que Walsh gozó siempre de más fama como autor de ficción política que, por ejemplo, como cuentista. De ahí, incluso, que su libro capital —para mí—, "Los oficios terrestres" fue prácticamente un incunable desaparecido, durante muchos años, hasta que ahora, afortunadamente, lo rescata la edición de Siglo XXI.

Un autor mexicano, Guillermo Samperio, suele decir que ese volumen es "fundamental para la narrativa cuentística de América Latina". Y verdaderamente lo es, porque prácticamente no tiene fallas. Desde su formidable "Esa mujer", cuento que alude al hurto del cadáver de Eva Perón, con un rigor y una fuerza coloquial extraordinarias, hasta los cuentos titulados "Imaginaria" o "Irlandeses detrás de un gato", el mundo real-maravilloso de Walsh aparece en lo que, me permito suponerlo, fue su mejor momento literario, donde conjuntaba admirablemente la delicadeza de su prosa, con ese estilo emparentado quizá con Arlt, con el mismo primer Cortázar, con una asombrosa intensidad narrativa, y con un despliegue de recursos —que no golpes bajos— que hoy son toda una escuela para cualquier cuentista inciatco.

EL LIBRO DE SIGLO XXI es estupendo. No tiene desperdicios, porque también rescata la trilogía de obras —novelas breves— policíacas que hizo Walsh a fines de los años 50's, cuando empezaba la fascinación —de la que él fue uno de los precursores— por la novela negra, dura, el nuevo género que

irrumpió entre los lectores de habla hispana.

La obra policíaca de Walsh, editada hace muchos años por Hachette de Buenos Aires, no es de lo mejor de su producción, porque en todo caso entonces todavía le costaba, al parecer, quitarse ciertos vicios de la novela inglesa, a lo Agatha Christie, o al estilo de Inspector Parodi del binomio Borges-Bioy Casares. Y así, Walsh también frecuentó los misterios de cuarto cerrado, como si por entonces se guardara aún, o no se hubiera atrevido, a soltar toda la fuerza brutal de su narrativa posterior, policíaco-política, como por ejemplo en "El caso Satanowsky" o en "Operación Masacre".

PERO EL LIBRO TODAVIA tiene más, a lo largo de sus 500 páginas deliciosas. Por un lado, dos obras de teatro —"La granada" y "La batalla"—, inscritas sin dudas en el mejor estilo brechtiano, en esa concisión de la palabra, en esa contundencia que seguramente Walsh pensó que encontraría en el teatro. Se inscriben en esa línea profunda, que combina el manejo del género con una concepción del hombre que abarca las expresiones más abyectas junto a las más nobles. Quizá porque para Walsh el hombre, siempre, ha sido la materia prima fundamental y el destinatario último de una concepción de la justicia sin concesiones, blanca y pura, que le costó la desaparición —ese eufemismo argentino—, y, acaso, la vida.

Y TODAVIA EL FINAL nos deja, como obsequio de un autor difícilmente igualable, otros cuentos de su serie de los irlandeses —Walsh, como descendiente de irlandeses que poblaron el sur argentino, trabajó en profundidad la dureza de carácter y el rigor de ese pueblo— y una verdadera joya, "Oscuro día de justicia", un cuento memorable que narra las peleas del internado irlandés de la provincia de Buenos Aires en el que, seguramente, Walsh cursó sus estudios, pero que de grande le permitió recuperar esos últimos, proféticos párrafos en los que refiriéndose a los 130 pupilos del riguroso colegio, escribió: "El pueblo aprendió que estaba solo, y cuando los puñetazos que sonaban en la tarde abrieron una llaga incurable en la memoria, el pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo, y después que las figuras se perdieron en los límites del parque, el pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo y que de su propia entraña sacaría los medios, el silencio, la astucia y la fuerza..."

TODOS UN LEGADO, de este hombre admirable, de este escritor sin par, orgullo no sólo de los argentinos, sino, como diría Samperio, de los latinoamericanos: el legado de un escritor de pura sangre.